

➤ *Iglesia. Los orígenes de la asistencia social de la Iglesia. La historia del catolicismo ha estado entretendida de innumerables iniciativas e instituciones sociales –desde los hospitales y casas de Dios en la Edad Media a la madre Teresa de Calcuta–, todas ellas adaptadas a las diferentes circunstancias y problemas de cada época, y sembradas de vidas ejemplares, de santos, conocidos o anónimos, que quemaron desinteresadamente su existencia en servicio a los demás, por amor a Dios y al prójimo.*

LOS ORÍGENES DE LA ASISTENCIA SOCIAL DE LA IGLESIA: EL EJEMPLO DE LA CARIDAD EN LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

Luis Alonso Somarriba – Arvo.net, 16 de julio de 2012

Desde sus comienzos la Iglesia ha empleado buena parte de sus energías en promover el bienestar de la sociedad, y muy especialmente la ayuda a los más necesitados, los pobres y los enfermos. Esta tarea de asistencia social arranca de la entraña misma del Evangelio. Entre las enseñanzas de Jesucristo sobresale la de la caridad, que supone amar a Dios sobre todas las cosas, y, por Él, amar al prójimo como a uno mismo: «Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente» (1); «Venid, benditos de mi Padre, (...) Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme. (...) En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (2).

A partir de estos principios, y a lo largo de casi dos mil años, los cristianos han protagonizado una gigantesca labor de ayuda dirigida a los elementos más débiles y necesitados de cada época. Dicha labor, por su extensión, calidad, variedad, y refinado humanismo, no tiene precedentes ni ejemplos dignos de comparación en la historia de las civilizaciones.

Se ha dicho que «el mundo antes de Cristo era un mundo sin amor» (3). Puede que esta afirmación tenga que ser matizada, pero expresa muy bien la frontera entre dos eras, entre dos maneras de concebir, medir y sentir al hombre. No hay duda de que antes de Jesucristo hubo manifestaciones de solidaridad o filantropía, pero siempre a una considerable distancia de la exigente propuesta del Evangelio. El filósofo estoico Séneca (4-65 d. C.), ejemplo de lo que podríamos denominar como «santo» pagano, llega a pedir «que se tienda la mano al náufrago, que se abran los brazos al exiliado, que se ponga la bolsa a disposición de los necesitados, (...) Pero añade: “El sabio se guardará bien de afligirse por la suerte del desgraciado, pues su alma debe permanecer insensible ante los males que él mismo alivia: la piedad es una debilidad, una enfermedad”» (4).

El cristianismo supuso, pues, una revolución. Fue y es la gran revolución del amor, que ha transformado y mejorando la humanidad. En palabras de un autor del siglo IV el cristianismo es una «gracia de humanidad, para amar, socorrer y defender a los hombres» (5).

Cuando los Apóstoles comienzan a predicar la nueva fe empapan su predicación con el mensaje del amor fraterno, que muy pronto prende entre las primeras comunidades cristianas. Un temprano ejemplo lo encontramos en tiempos de San Pablo, cuando varias iglesias, entre las que se encontraban las de Macedonia (actualmente el norte de

Grecia), emprenden una colecta para socorrer a la iglesia madre de Jerusalén (6). La preocupación de estos primeros cristianos por atender a los necesitados se pone de manifiesto en el hecho de que, en Jerusalén, los Apóstoles tuvieron que ordenar siete diáconos encargados de las labores de beneficencia (7).

Entre mediados del siglo I y principios del IV la Iglesia logró extenderse por todo el Imperio Romano. Fue una época difícil, de prueba, en la que el cristianismo fue declarado como una religión ilegal y sus miembros tuvieron que sufrir las crueldades de las persecuciones dictadas por los emperadores. Conservamos numerosos testimonios de autores cristianos y paganos que nos muestran el modo en el que aquellos fieles se esforzaban por ayudar a los más necesitados: viudas, huérfanos, enfermos, ancianos, encarcelados a causa de la fe, viajeros, esclavos, etc. Esta atención llegaba hasta la tumba, pues a menudo se ocupaban de costear las honras fúnebres de los que morían en la pobreza. «Socorren a quienes los ofenden, haciendo que se vuelvan amigos suyos; hacen bien a los enemigos. No adoran dioses extranjeros; son dulces, buenos, pudorosos, sinceros y se aman entre sí; no desprecian a la viuda; salvan al huérfano; el que posee da, sin esperar nada a cambio, al que no posee. Cuando ven forasteros, los hacen entrar en casa y se gozan de ello, reconociendo en ellos verdaderos hermanos, ya que así llaman no a los que lo son según la carne, sino a los que lo son según el alma. Cuando muere un pobre, si se enteran, contribuyen a sus funerales según los recursos que tengan; si vienen a saber que algunos son perseguidos o encarcelados o condenados por el nombre de Cristo, ponen en común sus limosnas y les envían aquello que necesitan, y si pueden, los liberan; si hay un esclavo o un pobre que deba ser socorrido, ayunan dos o tres días, y el alimento que habían preparado para sí se lo envían (...)» (8). De las viudas, uno de los colectivos con condiciones de vida más precarias en la Antigüedad, y por ello mismo más honrado por los fieles cristianos, San Policarpo (85-155 d. C.) llegará a decir que son «altar de Dios», aludiendo a las ofrendas que se hacían para su manutención (9). Este ejemplo, de generosidad hasta entonces nunca vista, y en la que no se hacían distinciones sociales, de credo o de nación, llevará a los paganos del siglo II a exclamar: «¡mirad cómo se aman!» (10).

Aunque era tarea de todos, el obispo, en cuanto máxima autoridad en cada iglesia local, era también el primer responsable de las labores asistenciales. La Didascalia exhorta a los obispos: «acuérdate de los pobres, tiéndeles una mano y aliméntalos» (11). Junto al obispo otra figura destacada es la del diácono. Ya hemos mencionado el episodio en el que los Apóstoles tuvieron que ordenar diáconos en Jerusalén. Y es que, en estos primeros tiempos, los diáconos, además de administrar determinados sacramentos, cumplían una importante misión trabajando en favor de los más necesitados. Ellos procuraban conocer a todos los miembros de la comunidad; buscaban a los pobres y enfermos para socorrerlos, visitaban los domicilios, consolaban, llevaban la comunión o descubrían los casos de pobreza vergonzante, es decir de los que disimulaban su situación.

Desde los tiempos de San Pablo los fieles aportaban una ofrenda en la celebración eucarística dominical (12). Estas y otras donaciones permitieron a cada comunidad reunir su propia caja con la que atender las distintas necesidades. Roma, capital imperial, en cuanto sede del sucesor de Pedro, era también el centro de la Cristiandad. La Urbe albergaba un gran número de fieles y, consiguientemente, abundantes recursos económicos. El historiador Eusebio de Cesarea (siglo IV) escribe que en el pontificado del papa Cornelio (251-253) la Iglesia mantenía en Roma a «más de mil quinientas viudas y necesitados» (13).

En relación con la estima y el valor que la primitiva Iglesia concedía a la beneficencia se encuentra la historia protagonizada por el mártir San Lorenzo. En agosto del 258, durante la persecución decretada por el emperador Valeriano, el papa San Sixto II, sorprendido mientras celebraba misa, fue detenido y ejecutado junto con cuatro de sus diáconos. San Lorenzo, también diácono de Roma, viendo el peligro, recogió todos los bienes de la iglesia romana y los repartió entre los pobres. Cuando poco después Lorenzo tuvo que comparecer ante la autoridad –que según la tradición pudo ser el propio emperador– se le exigió que entregara los tesoros de la Iglesia. El Santo diácono, entonces, reunió a la muchedumbre de pobres, lisiados, mendigos, huérfanos, viudas, ancianos, mutilados, ciegos y leprosos que él ayudaba con sus limosnas, y, presentándolos, dijo: «estos son los tesoros de la Iglesia». Aquel gesto selló su sentencia de muerte. Al parecer, este mártir fue condenado a morir lentamente en el fuego de una parrilla.

El año 313 cesaron las persecuciones. A lo largo de aquel siglo IV, en el que el cristianismo fue convirtiéndose en la religión mayoritaria del mundo romano para finalmente quedar establecido como credo oficial del Imperio, la Iglesia fomentará nuevas formas de asistencia social, entre las que se encuentran las casas de acogida para huérfanos y los hospitales. Uno de esos centros será el hospital descrito por San Jerónimo, en el 397, fundado en Roma por su discípula Fabiola.

De entonces a nuestros días la historia del catolicismo ha estado entretejida de innumerables iniciativas e instituciones sociales –desde los hospitales y casas de Dios en la Edad Media a la madre Teresa de Calcuta–, todas ellas adaptadas a las diferentes circunstancias y problemas de cada época, y sembradas de vidas ejemplares, de santos, conocidos o anónimos, que quemaron desinteresadamente su existencia en servicio a los demás, por amor a Dios y al prójimo.

Luis Alonso Somarriba.
Santander, 15 de julio del 2012.

NOTAS:

- (1) Jn 13, 34.
- (2) Mt 25, 34-40.
- (3) Citado por: HAMMAN, Adalbert G., *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Editorial Palabra, Madrid, 2002, p.151.
- (4) *Ibid.*, pp. 151-152.
- (5) El autor es Lactancio. *Ibid.*, p.152.
- (6) 2 Cor 8, 9.
- (7) Hch 6, 1-7.
- (8) ARÍSTIDES, *Apología*, XV.
- (9) S. POLICARPO, *Carta a los filipenses*, IV. HAMMANN, A. G., *opus cit.* p. 158.
- (10) TERTULIANO, *Apologética*, 39.
- (11) *La Didascalia Apostolorum* es un texto cristiano anónimo del siglo III, que contiene prescripciones de carácter moral y litúrgico. Parece dirigida a cristianos convertidos del paganismo, quizás a una comunidad de Siria. Incluye varios aspectos referidos a los obispos.
- (12) HAMMANN, A. G., *opus cit.* p. 168.
- (13) EUSEBIO, *Historia Eclesiástica*, VI, 43, 11.

Vida Cristiana